J. R. Navarro, editor. Litog. de Decaen.

Myra Bell.

MYRA BELL,

O EL SEGUNDO AMOR.

CAPÍTULO I.

¡Y esto lo aprendí de la paloma.—
Morir antes que conocer el segundo amor!

ME han dicho, querida Kate, decia Cárlos Calvert á su hermosa prima una bella mañana de junio que estaba en el jardin de flores de Oak Lawn, me han dicho que el jóven Harry Layton se inclina á Myra Bell.

—Sí, y yo ciertamente le deseo un buen resultado, porque mi amable Myra merece un buen partido, y dicen, con mas razon de lo que es costumbre en tales casos, que Harry es el parangon de la vecindad.

—¿Seguramente no creeis posible tal cosa?

—¿Y por qué no, primo mio? ¿Teneis alguna pretension previa acerca de su corazon?

—De ninguna manera. Pero me parece que Myra es una muchacha que se casaria solo por amor; y ¡ay! no tiene corazon que dar!

—¡Oh! ¿aludís á sus relaciones con Ruperto de Lancey?

—Precisamente.

—¿Y juzgais que porque una mujer ha sido engañada por un bribon sin corazon, ya no puede amar á un hombre sincero y fiel?

—Juzgo, hermosa prima, que en un pecho sincero, una vez

comprimido y borrado el amor, no se renueva tan fácilmente. Ni seria honroso cambiar un corazon despedazado como el de Myra, por uno leal y completo.

—Niego vuestras premisas, á saber, que el amor de Myra esté comprimido ó que su corazon esté despedazado.

—¿Por qué? ¿amó positivamente á De-Lancey?

—Sí, mientras encontró en él todo lo que le habia pintado su fantasía.

—¿Y querríais su segundo amor, cuando en el corto espacio de un año ha olvidado su desgraciada pasion? ¿Es esta la constancia del corazon de la mujer?

—Cuidado con calumniar la constancia de la mujer, ó elogiaré decididamente la invectiva contra la perfidia del hombre. Lo creo, porque Myra encontró su ídolo y porque no hay motivo para que el sentimiento del amor, que es uno de los instintos mas santos de nuestra naturaleza, haya sido destruido para siempre en su pecho.

—Entonces ¿creeis en el segundo amor?

—Vuestra pregunta no es enteramente clara. Ciertamente soy abogada de la constancia, y aun hay algo mas sagrado para mí en la memoria de un amor puro y santo que ha alumbrado nuestros dias mas felices, creado, alimentado y entrelazádose con nuestra simpatía hasta formar una parte de nosotros mismos. La urna de tal amor, una vez erigida en el corazon de nuestros corazones, puede muy bien estar dedicada á un solo objeto.

—Entonces habríais determinado la crísis de la constancia. Porque, Kate, destruiríais los mas lindos romances que fueron escritos ó ejecutados, por un sentimiento tan friamente calculado.

—Y esos mismos romances han destruido la felicidad de muchos honrados corazones, capaces de bendecir á otros y gozar ellos mismos las bendiciones de la vida en su limitada esfera de afectos conyugales y domésticos. ¡Maldito sea ese falso sentimiento que condena á un puro y noble corazon, con sus mentidos tesoros de ricas afecciones y simpatías, á consumirse en una lenta desesperacion, porque un juicio erróneo ó un capricho de la fantasía, ha enviado su amor á un objeto indigno de él! ¿Debe un corazon

hecho para amar, marchitarse en su fresca y floreciente primavera, por la traicion y el engaño? ¡Prohibidle todos los fundamentos de una felicidad racional y de un goce verdadero y puro!

—Pero, hermosa prima, ¿vuestra doctrina no se dirige á disminuir esa fe en la constancia del amor que le da un encanto ideal y lo eleva hasta la adoracion?

—Al contrario, mas bien vindica el sentimiento demasiado puro y santo para sufrir la traicion y el engaño; de una naturaleza demasiado divina é inmaculada para perecer, cuando se ha frustrado como las pasiones mas viles.

—Argüís bien, Kate; pero sin embargo, hay un encanto en el amor constante, que mantiene cautiva á la imaginacion.

—¿Y hablaba del verdadero amor como voluble, Cárlos? Solo disputaba contra la despótica regla de lo que creo un falso sentimiento. La constancia del amor mutuo es para mí hermosa y santa; y cuando nuestros afectos han encontrado una plena correspondencia en las simpatías de un corazon franco, y principalmente cuando ha sido confirmado por una larga sociedad, juzgo, como vos, por un gran sacrilegio el segundo amor, aunque no negaré que puede existir.

—Bien, bien, mi amable prima, no reñiremos por el amor ni de Myra Bell, ni de otro alguno para quien desee un destino brillante y feliz. Pero mirad, Juan ha vuelto con los caballos. ¿Empezaremos nuestro galope acostumbrado? Yo prometo no arrojar ni una rápida mirada á la cabaña de la hermosa Myra Bell cuando pasemos, dijo Cárlos con burlon énfasis.

—¡Quitaos de aquí, señor Impudencia! contestó su prima enrojeciendo ligeramente y tocándole con el chicote, pues estaba dispuesta para la carrera. ¿Qué admirable magia creeis despiden vuestras miradas?

Dejando á los primos en su matutino paseo y que renueven su edificante discusion como gusten, examinaremos una cabaña pequeña y amable, pues que ha sido siempre habitacion de la inocencia, de la paz y de la felicidad.

En un aposento hermosamente amueblado, desde el cual se veia, á través de una enrejada ventana, un jardin de las mas hermosas flores imaginables, estaban dos personas; una era un hombre que

aunque de edad avanzada, conservaba sin arrugas su espaciosa é intelectual frente y el lustre de su reflexiva mirada, aunque varios inviernos habian cubierto ya su hermosa y clásica cabeza; tenia una apariencia digna, tranquila y benévola. Adam Bell era hombre instruido, y aunque algo visionario, era sin embargo un filósofo muy profundo. Despreció las vanidades de la tierra, al paso que alimentó con asiduo cuidado los sentimientos caballerescos, verdaderas sensaciones y nobles simpatías, que forman la paz y la felicidad del corazon, mucho mas seguramente que la falsa excitacion del placer y la ambicion. En su juventud se casó felizmente, prosperó en el mundo y gozó de todas aquellas aduladoras promesas del porvenir con que la Fortuna procura tantas veces ensayar las peligrosas *alturas en que el orgullo de la fama cubre las mentiras;* pero pronto le dieron una triste leccion los reveses y desengaños. La pérdida de la fortuna y la mala salud de su amada compañera lo indujeron á retirarse de las pompas y vanidades del mundo, no como un misántropo, sino como un sobrio filósofo. Reuniendo sus últimos recursos, compró la tranquila cabaña en que ahora residia y en donde disfrutó años de suprema gloria con su adorada esposa, que se alejó de su lado suave y tranquilamente, como una crecida flor, exhalando la fragancia de su largo y dedicado amor en derredor suyo, en los suaves afectos de una sola y bellísima hija.

Tal muerte no le produjo gran conmocion; y la tristeza ocasionada por su privacion, fué tan dulcemente mezclada con la esperanza de una posterior reunion, que disminuyó en la mitad la fuerza del dolor. En Myra veia un retrato completo de aquella cuya memoria adoraba; por su hija soportaba la vida, porque guardaria y escudaria con paternal cuidado su juventud, arrancando de su senda todas las espinas que pudiesen incomodarle ó causarle pena. Y ahora, sentado cerca de la abierta ventana al través de la que llegaba el fresco aire de la mañana, aparentemente atento á su libro, su mirada vagaba con prontitud de las brillantes flores de fuera al ser mas brillante aun de dentro, que se movia silenciosamente en el aposento, ocupada en sus negocios domésticos, ajena de la meditabunda atencion del que era objeto. Con

gran inquietud observaba Adam Bell el aire de procupacion y casi de tristeza de su amable hija, y un agudo pesar traspasaba su corazon cuando oia que se le escapaba un ahogado suspiro.

—Ven acá, Myra, le dijo, ve cómo ha revivido con la lluvia de anoche tu rosal favorito.

Despertando del desagradable sueño que gradualmente se habia apoderado de ella, con pena y esfuerzo, Myra separó las sombras de su imaginacion y fué con su rostro radiante de amor á colocarse en un banquillo á los piés de su padre.

—¡Oh, qué hermoso! exclamó. No creí que mi rosal volviese á florecer en este verano.

—Marchita ó floreciente la flor ó el corazon humano, son de aquel que las trata con mas dulzura y con mayor ternura, dijo el anciano reverentemente.

—Ciertamente, padre mio, contestó su hija mirando apasionadamente sus llorosos ojos.

—Y sin embargo, Myra, estás triste. ¿Tienes seguridad de que no irá quedando ni una gota de amargura en ese jóven corazon?

—Tranquilizaos, querido padre, aunque es natural la tristeza en un corazon que ha perdido su ideal. Y con todo, ya no pienso en *él*.

—No digas que ha perdido su ideal, sino su ídolo falso, hija mia. Ese tipo mental de perfeccion que erigimos como modelo de todo lo que es digno y noble en el humano carácter y que llamamos nuestro ideal, está formado mas bien por nuestras sensaciones, que por las experiencia ó ejemplo de la naturaleza humana que tenemos á la vista; sin embargo, este es el verdadero fundamento de nuestro respeto y admiracion á nuestros semejantes, la llave del amor y de la amistad, ¡y está triste el corazon cuyo ideal se ha desvanecido! Pero mi querida Myra, continuó el amante padre con alguna mas alegría, si no, en él ¡la bajeza, la indignidad! ¿en qué piensa mi hija, casi tristemente?

Habia una perfecta confianza entre el padre y la hija; sin embargo, los ojos de Myra se abatieron un instante, y un hermoso sonrosado se apareció en su rostro; tal es la sensibilidad de un

corazon jóven y puro para exponer sus afectos, aun á los ojos del amor.

—Además, no era mi ánimo asustarte ó apesadumbrarte; pero no puedes suponer, adorada mia, que en lo que toca á tu felicidad me duerma. Ese color purpúreo me ha contestado, y puedo dar á Harry Layton una respuesta favorable, dijo Adam Bell inclinándose para acariciar la hermosa cabeza que descanzaba en sus rodillas.

En este momento se oyeron pisadas de caballos en la avenida que conduce al camino real, y los ladridos del sabueso de Myra, que estaba asoleándose frente á la vereda, anunciaron la matutina visita.

—Amor mio, es tu amiga Kate. La ví pasar en compañía de su primo hace media hora, é indudablemente viene á pagarte tu visita. Vé á tu cuarto y tranquiliza tus alterados pensamientos mientras los recibo.

En efecto, eran Kate y Cárlos; la primera se acordó, durante su carrera, que no habia convidado á Myra para una *fiesta* que iba á dar la próxima semana para celebrar el dia de su cumpleaños. Por lo que insistió en que le acompañase su primo *aun á riesgo*, le dijo chanceándose, *de exponer á la pobre Myra á las miradas peligrosas de tan maravilloso seductor.*

Fueron recibidos con una política tan digna por Adam Bell, que Cárlos confesó después que encontró en él, el porte mas distinguido que jamás habia visto; pocos minutos después apareció Myra, tan floreciente como la mas hermosa de sus rosas, á saludar á su amiga y á recibir á Cárlos, sin el mas ligero embarazo.

Hicieron la invitacion, y después de una rápida mirada de su padre que indicaba su aprobacion, aceptó Myra; al cabo de algun tiempo de una agradable conversacion, los primos volvieron á tomar su camino.

En la tarde vino Harry Layton, habló con Adam Bell algunos instantes en su librería, y después, junto con él, se unió á Myra ya el mas feliz de los hombres. El anciano con su libro se retiró á un rincon y dejó á los jóvenes amantes en aquel encanto cuya descripcion es pobre para los que lo han sentido una vez.

(Continuará.)

A UN AMIGO.

¿Has visto alguna vez, querido amigo,
Al desdichado á quien el juicio falta,
Cómo allá en su interior fija una idea
Y con ella tenaz lucha y batalla?
Con incesante anhelo, noche y dia
Por encontrar la solucion se afana
De aquel enigma que forjó en su mente,
Inquieta por demás y acalorada.
Desde el punto en que el sol rico de luces,
Dorando las altísimas montañas,
Dicha y placer con su presencia vierte
Envuelto en nubes de zafir y grana,
El triste loco á revolver comienza
Aquella idea que su mente asalta,
Con el mismo teson, la fuerza misma
Con que á una rueda de molino el agua.
Y con ella ocupado hora tras hora,
La noche en su afanosa inquietud le halla,
Hasta que al fin el infeliz rendido
Del continuo pensar, duerme y descansa;
Si no es que en medio del tranquilo sueño
Se le presenta cual atroz fantasma,